

resinosa, tan tenue, que era imposible analizarla.

Digo algunas semanas después, porque, al salir del hipogeo, el frío del desierto me hizo daño. Caí enfermo como lord Carnarvon, bien que no de gravedad.

Pero habíame impresionado mucho, al abandonar el pozo, una sentencia de Mustafá, que mientras me echaba sobre los hombros previsora manta, díjome por lo bajo, señalando al lord:

—Hé ahí el que morirá. Que Allah nos proteja!

—¿Cómo lo sabes?, increpé con sorda irritación.

—Le he oído el estornudo malo: el estornudo del chacal.

Recordé, en efecto, aquel acceso que también había oído estallar con la sequedad lastimera de un ladrido; pero repliqué, menospreciando la superstición:

—Efecto del frío. Otros hemos estornudado también.

—Cierto; pero a ti te rozó apenas el ala fatídica del vengador. Estarás bien dentro de una semana.

Y como luego, en casa, discutiera todavía, reprochándolo con sensatez:

—Es una fiebre que se explica por el excesivo cansancio, el aire confinado, la tensión nerviosa...

Mustafá pudo derrotarme una vez más, contestando impasible:

—Al dificultar el acceso de sus tumbas, los antiguos contaban con esa predisposición, que entrega rendidos los violadores a los guardianes de la entrada.

Casualidad o lo que fuere, lord Carnarvon no se levantó. Víctima de una extraña fiebre que no pudo la ciencia dominar, declaróse luego la neumonía cuyos síntomas yo también experimenté, y su fallecimiento malogró una bien útil y generosa existencia.

—Habíase hablado también de cierta infección causada por la picadura de un insecto...

—Sí, al principio, y no sin razón, porque ya le he dicho lo peligrosas que son las más pequeñas lesiones bajo el clima de Egipto. Este es, en suma, el verdadero áspid de Cleopatra. Pero la neumonía fué, al menos para mí, un desenlace concluyente. Abrigo la convicción de que lord Carnarvon aspiró la muerte en la boca del vaso de alabastro.

Así cobraba sentido la expresión paradójica de Mustafá; pues el perfume mortífero era, en efecto, un *espiritu material*, el vengador encerrado en los vasos tentadores como un efectivo *guardián de la entrada, perpetuamente despierto*. Nada, pues, de imaginarios demonios o *elementales maléficos*. La sencilla realidad venía a ser mucho más siniestra. Terrible,

en efecto, ese último sueño de los faraones cuyo reposo se aseguró para la eternidad, bajo una sentencia impersonal e inexorable como el destino!...

Mr. Neale iba, indudablemente, a proseguir; pero en aquel momento, casi rozando el diván donde conversábamos, una arrogante figura femenina cruzó apresurada el *hall*, removiéndolo como un bache de oro en polvo la mancha de sol poniente que caía desde una ventana lateral, con su magnífico tapado de kolinsky a la moda, y dejando esa ráfaga de perfume singular, que anticipa con genuina revelación el primer detalle de una verdadera elegancia.

No habíamos visto el rostro de la desconocida, que avanzando por detrás de nosotros, sólo nos reveló al pasar su gallardía y su perfume; pero mi interlocutor, enderezándose, palideció ligeramente, mientras murmuraba con sorda voz:

—*¡Atórat el mbut!*...

Seguíamosla con ansiosa mirada, cuando, ya en el pórtico, vímosla cruzarse con el propio Mr. Guthrie,

quien la saludó sin detenerse, subió a buen paso la escalinata, y advirtiéndonos casi al punto, dirigióse hacia nosotros. Regresaba del campo de golf, bastante cansado, según dijo al dejarse caer en el profundo sillón vecino.

—¿Tomaron ya ustedes el te? preguntó en seguida.

Mr. Neale, sin contestar, interrogó a su vez:

—Francis, permítame, ¿quién es esa señora?

—¿Esa señora?... —¡cuidado, Richard!, intercaló bromeando—esa señora?... La verdad es que no sé gran cosa a su respecto. La conocí hace poco en el *dancing*. Parece que es una egipcia bastante misteriosa, mejor dicho bastante equívoca... Una aventurera quizá... No sé quién me dijo —¡cuidado, Richard! volvió a intercalar riendo cordialmente y arrellanándose en el sillón—que van ya dos hombres que se suicidan por ella.

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación. Buenos Aires).

Por qué somos tan pobres

Laboremus.
SEPTIMIO SEVERO.

LA buena política no es causa, sino efecto inevitable del funcionamiento regular de las otras actividades de la vida nacional. Cuando los aspectos económicos, jurídicos, etc., cuando todas las otras formas de la actividad de un pueblo funcionan con regularidad y eficacia, entonces, como síntesis y coronamiento del esfuerzo humano, se integra la política superior que honra a ciertas épocas y a algunas naciones privilegiadas en la historia. La buena economía, el buen derecho, la buena administración, engendraron la admirable política romana del siglo de los Antoninos en Roma; la estupeficiente organización económica, jurídica y administrativa de Inglaterra prohibió el auge fabuloso del Imperio durante el siglo XIX.

Para nosotros los mexicanos, el problema de la buena política es un corolario de la imprescindible reforma que reclama nuestra deficiente actividad nacional. En tanto que nos consagramos de preferencia a la política y la guerra, nuestra patria adolecerá de sus sempiternos males. Sólo reformando nuestra vida en diversos sentidos, obtendremos la dicha de ver armonizar en síntesis notables y orgánicas, en verdaderas construcciones humanas estables, los capítulos, hoy dramáticos y atormentados de la historia mexi-

cana. Débese buscar, a través de las agitaciones terribles del momento, el secreto del malestar rítmico y crónico de la patria. La enseñanza se obtendrá, firme y discreta, si nos elevamos sobre personalidades y situaciones transitorias a la verdad universal que entrañan.

En México se pretende vivir como se vivía en la Grecia heroica. Sólo la política, la guerra y el ocio son las ocupaciones de los mexicanos. Esto fué posible en las naciones de la historia antigua, porque aquellos pueblos subsistían sobre masas innominadas de miserables esclavos privados y públicos. Hoy, la esclavitud es imposible. Los obreros y los campesinos contemporáneos no quieren ser esclavos; no pueden ya serlo. Y como se ha modificado radicalmente la composición social de las naciones, la guerra y la política se determinan por la industria, el comercio, la agricultura, etc. Es decir, no son causa, sino efecto. No producen otros fenómenos sociales, primordial y privativamente, sino que resienten las consecuencias de la actividad económica, base de la historia.

Nuestra industria está en manos extranjeras. Yanquis e ingleses son dueños de nuestro petróleo y nuestra plata. Los ferrocarriles también están en sus manos. Franceses y españoles poseen fábricas de hilados y tejidos y grandes almacenes de lencería, en